

hirviente llanto sin cesar desciende
que al calor de sí mismo se evapora,
y, esencia embriagadora,
al trono augusto de su Dios asciende.

Con súplicas templar intenta en vano
el dolor inhumano
de aquella plebe hasta el delirio loca,
y llamando del pueblo á la conciencia,
pide por Dios, clemencia
con voz que ablanda hasta la misma roca.

¡Ay, triste Madre! La canalla impía
desprecia en su porfía
de aquel divino corazón la pena,
y sobre el cuerpo de Jesús doliente,
como volcán rugiente
sus ódios y su saña desenfrena.

Siente María vacilar su planta,
el dolor su garganta
como férreo dogal le oprime horrendo,
y, lanzando tristísimo gemido,
por tierra, sin sentido
rueda, á su misma angustia sucumbiendo.

Rueda... ¿Y no hay corazón que no tal-
el ay de aquella Madre (ladre
que es toda amor y vida y esperanza?
Oh, no: que el pueblo su dolor no atiende,
y, al ódio que le enciende,
sólo piensa arhelante en su venganza.

Venganza que inspiró Satán vencida
al ver su imperio hundido
por la Verdad, que como sol se encumbra,
y al esparcir sus rayos bienhechores
sobre un mundo de horrores,
nuevas regiones de bonanza alumbrá.

¡Goza, Salcm, con infernal locura!
gózate en la amargura
de esa débil Mujer que ves ya inerte:
dá rienda suelta á tu feroz instinto,
que á tu vasto recinto
pronto vendrá á llamar la misma muerte.

Pronto inmenso montón serás de escom-
(bros;
que el que lleva en tus hombros
la cruz que puso tu furor insano
hará que caiga como plomo hirviente
sobre tu innoble frente

la sangre que vertiste con tu mano.
Andrés Blanco y García.

Turbación de S. Pedro.

(IMITACIÓN AL ESTILO DE METASTASIO)

¡Triste de mí! ¿dó estoy? ¿á dónde corro?
¿á quién dirijo mis inciertos pasos?
¿de quien huyo? ¿qué temo? ¿por qué gime
mi espíritu medroso y contristado?
¡Ay! desde aquel momento en que cobarde,
perjuro y desleal, negé mi lábio
á mi Maestro y Señor, no hallo reposo,
perdí la paz: mi corazón turbado,
portenaz y cruel remordimiento,
agitase en el pecho sin descanso,
como bajel que sin timón ni vela
las encespadas ondas va sureando.

Testigos de mi culpa aborrecida
doquier miran mis ojos espantados,
y con el frío del temor me hiela
y de vergüenza con las llamas ardo.
Busco un lugar oscuro y silencioso
donde no suene el ruido de mis pasos,
ni mi sombra refleje, que me asusta,
ni el eco de mi voz me cause espanto;
ni sienta en la vigilia y en el sueño
de la conciencia el torcedor amargo,
ni con las negras sombras de la duda
de mi esperanza se oscurezca el rayo.

¡Desdichado de mí! todo me acusa:
el ave pasajera que piando
cruza en el viento, escucho que me dice:
—«Ingratísimo Pedro! ingrato! ingrato!
¿dónde está tu Señor, al que juraste
fidelidad y amor? Sabes tú acaso
si vive aun.....?» Mas qué es esto, Dios mío?
¿Por qué se apaga el sol y de sus rayos
niega la luz al cielo y á la tierra
que súbitas tinieblas enlutaron?
El mundo en sus cimientos se estremece,
falta el suelo á mis piés... tiemblo... Dios santo!
parece que natura desquiciada
intentas ¡oh Señor! volved al caos...

Desprendidas las rocas, con estruendo
ruedan á los abismos; los peñascos
se chocan entre sí... jamás el hombre
vió tal desolación ni tal estrago.
¿Qué es lo que causa tanto desconcierto?
quiero saberlo y....., temo preguntarlo.....

Allá en Jerusalem, hondos gemidos
y gritos de dolor desesperados
lanzan sus habitantes; ¡ay! ¿qué escucho?
«Murió Jesús...! murió... crucificado!»
Tú, que del duro pecho en las tinieblas
cobarde te escondiste é inhumano,

